

EDITORIAL

A VIDA O MUERTE

El recuerdo de nuestros difuntos y la solemnidad de Todos los Santos mantienen estos días una llama encendida en nuestra alma y en nuestro corazón. El dolor y la esperanza se queman juntos en el fuego del hogar y a sus ascuas elevamos nuestra oración antes que, ya cenizas, las esparzamos en el invierno del olvido, entre los recovecos del tiempo.

Es urgente también en estas horas que la misión de dar vida que algunos llevan adelante con riesgo cierto de la propia nos sacuda por dentro: es el mejor homenaje a los que nos han precedido, el culto más sincero que podemos ofrecer a nuestros santos familiares y la señal inequívoca de que el otoño estacional no se adueña también de la savia que recorre los veneros de nuestro espíritu.

Pepe Avilés

Así, en paz y sin sobresaltos, hemos sentido una vez más el pulso de la vida y de la muerte latir a nuestro lado. Sin creerlo demasiado -porque no hemos expresado abiertamente la alegría de saberlo- se nos ha recordado que somos familia de santos y que estamos llamados a un destino común: de fraternidad aquí; de santidad, en la presencia del Dios vivo.

Mientras, de repente, turbando nuestra tranquilidad, las imágenes y noticias del África Central se agolpan en las retinas y golpean los tímpanos. De nuevo, un viacrucis de desolación y muerte se extiende como un reguero de pólvora en todas direcciones, dejando a su paso cientos de mártires anónimos y muertos incontables que la tierra hermanará para siempre, si algunas manos misericordiosas se apresuran a ello. En estos momentos de lucha encarnizada y huida hacia ninguna parte, no parece posible otra paz que la de la fosa común, ante la indiferencia de los poderosos del Norte que no parecen tener allí otro interés que el vender sus armas antes que les pase la fecha de caducidad y ante la nuestra que -"con la conciencia en remojo"- decimos que no podemos hacer nada o pensamos, incluso en voz alta que son "unos salvajes sin alma" (¡lo he oído decir!).

